

cuando era muy joven. Justo cuando salió de la universidad escribió un libro. Ahora tiene tres libros escritos. El que más me gusta se llama "Coyotes", sobre los trabajadores agrícolas mexicanos que cruzan la frontera de los Estados Unidos para recoger naranjas. Ted fue a una de estas plantaciones, trabajó con los jornaleros mexicanos, viajó a sus casas en México, estuvo ahí por cuatro meses y luego emigró al norte, cruzó la frontera ilegalmente y regresó a una plantación. Ted es como un antropólogo: le toma uno o dos años estudiar la gente sobre la que va a escribir. Fue a Africa y escribió un artículo, y luego se tuvo que ocultar en la embajada americana durante una semana para que no lo mataran a balazos. Es un trabajo muy duro, es caro. En años recientes, Ted, quien ahora está en la treintena, después de escribir varios libros, se concentra en escribir artículos para revistas como la de The New York Times. Escribió una pieza muy bella para New Yorker sobre un viaje con camioneros que padecen de sida: algo titulado "La autopista del sida". Creo que ahora ya no se puede dar el lujo de continuar escribiendo como antes porque se

casó y necesita unos ingresos estables. Ya no se puede escapar a México.

Una vez estábamos en una conferencia y algunos grandes periodistas americanos contaron que recibían adelantos hasta 100,000 dólares por un libro, pero se quedaban sin dinero antes de terminar el proyecto. Ted los miró de forma muy curiosa y dijo: "El costo total de la investigación en mi primer libro fue de 200 dólares. Si yo hubiera escrito sobre los vagabundos en un tren y hubiera gastado más de 200 dólares, habría cometido un error. Pero ya no se puede hacer eso. Yo les he contado esta historia para decirles que es muy difícil hacerlo".

Hoy el periodismo literario es mucho más reconocido de lo que fue antes. Los escritores pueden hablar con los editores sobre el asunto, y ellos entienden lo que el escritor quiere hacer, lo que tiene que hacer, pero todavía hay factores limitantes que los restringen: tiempo, dinero, talento y oportunidad.

Quiero añadir un comentario final sobre las oportunidades. Oportunidad comienza con acceso a la gente sobre la que se va a escribir. Usted no puede escribir sobre ciertos personajes si no consigue buen acceso a ellos. A

menudo hay que vivir con ellos. Por esa razón hay muy poco periodismo literario hecho sobre políticos, o líderes de negocios: son demasiado listos para permitir que un periodista comparta la vida con ellos. No confían en los periodistas por buenas razones. Los periodistas no son misericordiosos con los políticos ni con los líderes de negocios. La gente ordinaria o es estúpida o es más confiada. Y pienso que los periodistas literarios son más misericordiosos con la gente ordinaria. La gente común y corriente puede darnos acceso a sus vidas; nos dejan andar con ellos durante semanas. Por eso hay que escribir sobre cosas diferentes a la política que permitan un fácil acceso, eventos rutinarios como construir una casa, enseñar a un grupo de niños, vivir en un barrio, crear algo en el trabajo.

NORMAN SIMMS estudió comunicaciones en la Universidad de Illinois y fue reportero de United Press International durante varios años. En la actualidad es profesor de historia del periodismo en la Universidad de Massachusetts. En 1996, El Áncora Editores publicó en Colombia la primera traducción al español de su libro "Los periodistas literarios. El arte del reportaje personal", una antología de reportajes de algunos de los más brillantes periodistas de la última generación en los Estados Unidos.

"Soy un tramposo, soy un infiltrado en el periodismo"

GERMÁN SANTAMARÍA

Tal vez la conferencia que yo más admiro en la historia de la literatura fue la que pronunció en Boston Truman Capote, y que constó de tres frases. Dijo: "Soy homosexual, soy alcohólico y estoy apenado". Se paró y se fue después

de recibir quince mil dólares. Creo que Capote hizo una alta metáfora de la poesía, de la literatura y del periodismo que yo no podría repetir porque no coincido en todo con él, pero que entiendo en su magnitud. Pero quisiera decir una

palabra y tratar de irme: soy un tramposo, o soy un infiltrado; soy un poco radicalmente opuesto a la experiencia de alguien que yo respeto y admiro como es mi amigo Germán Castro.

Yo no me hice en el periodismo; fui un muchacho que quiso ser escritor y se infiltró clandestinamente en el periodismo y creo que *saboté* e hice terrorismo dentro del periodismo por catorce años, en el periódico *El Tiempo*. Cuando estudiaba el bachillerato en un pueblo del Tolima descubrí a Porfirio Barba Jacob, que decía “Una noche toda llena de murmullos y de música de alas y las



luciérnagas fantásticas...” Eso me pareció muy bello. Y de pronto leí “María”, la novela de Jorge Isaacs, y me pareció de un gran vigor la historia del Valle del Cauca, la cacería del Tigre, las relaciones de los esclavos con los blancos. Y leí “La Vorágine”, de José Esutasio Rivera, y me pareció una historia de una pasión desbocada, violenta, de un tipo de la oligarquía de Bogotá que se lleva a una muchacha y sale hacia los Llanos... Y así descubrí la literatura colombiana. Cuando estaba en quinto de bachillerato descubrí un hombre, un escritor que se llamaba Ernest Hemingway... que estaba tan lejos del Tolima, tan lejos del Líbano, pero me parecieron tremendos sus relatos sobre los pescadores, sobre los muchachos en Michigan y los relatos de África, y una novela como “Adiós a las armas”, de los que se van en la guerra, y la novela “Fiesta”, sobre las corridas de toros de San Fermín, en España... Su vigor me apasionó. También cuando estaba en sexto de bachillerato, un profesor me dice: “Joven, a usted le gusta la literatura y quiere ser escritor, léase estos libros”. Y me pasó “La Mala Hora” y “El coronel no tiene quien le escriba”. Yo no conocía a

Gabriel García Márquez y me dejó impresionadísimo. Yo había leído a Hemingway y me pareció que había apretado el lenguaje, y Faulkner lo abría, y Gabriel García Márquez estaba en la mitad. Era el año 1966, un año antes de que García Márquez publicara “Cien años de soledad”, antes de ser famoso. Todo lo anterior quiere decir que yo, como tantos jóvenes colombianos, amé la literatura y quise ser escritor.

Tuve la fortuna o la infortuna de que me casé a los 18 años con mi novia de 15, entonces cuando terminé el bachillerato me di cuenta de que escribiendo cuentos y novelas no iba a vivir, y fue cuando decidí meterme de terrorista en el periodismo, porque me di cuenta de que lo único parecido a la literatura era el periodismo, porque se hacía con palabras, porque ser policía era con el bolillo, ser carpintero era con un hacha o con un martillo, y no quería ser eso. Descubrí que el periodismo se hacía con palabras, con adjetivos, con verbos, con sustantivos, y ahí empezó una historia que me llevó a estar 14 años en el periódico *El Tiempo*, haciendo crónicas, cubriendo guerras, catástrofes (Armero, Popayán, Beirut, Salvador,



Nicaragua), etc, etc. Durante esos 14 años yo fui un tramposo, lo acepto, porque me importó más el aspecto estético, teórico y artístico del material tratado que el dato conciso y la anécdota real del hecho. Me explico: Yo comencé a investigar, entonces me di cuenta de que en 1665 había habido una peste en Londres y habían muerto 100 mil personas por lo menos. En ese momento, un señor que se llamó Samuel Pepys, un gran periodista, hizo el inventario de los muertos, uno por uno, y dejó un registro de 100 mil muertos en Londres: ¡impresionante! Daniel Defoe era un niño de cinco años cuando ocurrió la peste, y a los 55 años escribió el libro “Diario del año de la peste”, en el que reconstruye la tragedia desde su memoria: el miedo a la peste, los muertos, cuando el enterrador pasaba por las calles gritando “¡Sáquenlos sus muertos, sáquenlos sus muertos!”. Y cómo la policía, cuando llegaba la peste a una familia, clavaba una tabla por fuera, en la puerta, y la familia quedaba encerrada. Defoe describió ese apocalipsis de la muerte. Samuel Pepys escribió el inventario notarial de la muerte. Trescientos años después, el libro de Pepys, que es toda la historia

notarial de los muertos de esa peste de Londres, ha sido olvidado. Pero el temor de la muerte, esos clavos, ese martillo cerrando la puerta por fuera y la familia adentro que moría de peste, esos gritos de isáquenos sus muertos!, esa profundidad de la dimensión de la muerte que presenta Defoe ha quedado para la eternidad. Aunque Samuel Pepys sí tenía el registro notarial de los muertos uno por uno, yo honestamente creo que el gran libro es el de Defoe, así los muertos no sean exactos, ni sus nombres sean exactos, y se hallen inexactitudes. Por eso yo creo que dentro de 50 ó 100 años los libros de Germán Castro Caycedo van a ser recordados y leídos, no porque tengan unas cifras exactas de cuántos fueron los muertos en la Rubiela o cuántos fueron los muertos cuando se inundó el Karina, sino porque sus libros tienen una dimensión poética muy profunda, una reflexión sobre la muerte en Colombia, una sencillez en el lenguaje que los hace obras perdurables y esto me lleva al meollo de lo que quiero plantear aquí: Creo que en el periodismo sí es posible plantear hallazgos estéticos, hallazgos que perduren por la belleza y que le den a los lectores una sensación de espiritualidad, de rabia, de amor, de rechazo, de ira, de violencia, de cuestionamiento o de gran belleza, de gran sutileza, inclusive de dimensión musical. Me da pena, siempre me refiero mucho a los norteamericanos, pero yo realmente, no puedo negarlo, me formé leyendo a los norteamericanos. No tengo la culpa, pero me estrellé con Steinbeck, Melville, Jack London, Hemingway, Doss Pasos, Sherwood

Anderson, Truman Capote, etc. Acepto el colonialismo cultural, pero me quedo asombrado del vigor que tienen los norteamericanos para contar las historias. Yo sí, honestamente, quedé colonizado con su técnica y con su vigor. Y fue entonces cuando me infiltré en el periodismo clandestinamente; cuando conseguí el puesto en El Tiempo oculté que era escritor, dije que odiaba la literatura y que la poesía era una porquería...y entré. De lo contrario no habría entrado, porque allá no querían poetas.

También tuve una gran formación en el cine norteamericano, sobre todo en el cine negro. Yo había visto bien las películas de Alfred Hitchcock, John Huston, Humphrey Bogart. Y comencé a escribir unas historias que tenían una pretensión periodística, pero lo que realmente buscaba era una dimensión literaria. Trabajando allí me encontré con un norteamericano, que los mismos norteamericanos han despreciado tanto porque fue comunista, que se llamó John Reed, al cual quiero reivindicar con todo el cariño. Un periodista que en 1911 se va de Estados Unidos y se mete en la

revolución mexicana, y cabalga con Pancho Villa y entra a la toma de Torreón en el tren con Pancho Villa, ¡Carajo! Este tipo escribe para la revista *Metropolitan* y para la revista *New York World* ocho crónicas sobre Pancho Villa. Yo no he visto sobre una revolución latinoamericana una edición más bella que la de él. También viaja a Rusia donde se libra la revolución y escribe los "Diez días que estremecieron al mundo", y de pronto me di cuenta de que ese reportaje se leía como una novela. Luego comienzo a profundizar en Hemingway, al cual le dediqué diez años de lectura, —casi más que a mi joven novia—. Fueron años de amor, de cariño, de pasión, de odio... ¡Ese Hemingway! Descubro, por ejemplo, que a Hemingway, en 1922, lo mandan a cubrir del *Toronto Star* la guerra greco-turca, y escribe una crónica que se llama "Una larga procesión de los refugiados" donde narra la marcha de los griegos que huyen de los turcos, que más adelante será editada en un libro de cuentos. Lo de Reed también funcionaba como un cuento siendo periodismo inicialmente.

Entonces me mandan a cubrir una riña de gallos en Guaduas,



imaginense, después de que había estado en Beirut y en el Líbano me mandan a una riña de gallos en Guaduas y yo llegué a esa riña de gallos aburrido porque me tenían castigado en *El Tiempo*, entonces llegué (esto lo voy a decir para demostrar cómo busqué una dimensión estética en el trabajo periodístico)...llegué allí y vi los galleros; yo muy apático... Llegaron helicópteros con gallos y ¡pum!, entonces eso sí me llamó la atención. A mí me habían enviado para que mandara una noticia sobre cómo estaban las riñas de gallos, cuántos gallos se peleaban, cuánto dinero se apostaba, pero cuando vi el helicóptero que aterrizó y sacaron diez gallos, yo dije: "Esto si me suena raro... ¿Gallos en helicóptero?" Entonces se bajaron los tipos que sabemos, y me quedé mirando los gallos, el helicóptero y pensé: "Esto es totalmente surrealista". Comencé a rondar y no mandé nada, me llamaban de Bogotá: "¡qué mande la noticia!". Yo decía: "pero es que noticia no hay". Pero es que yo no podía mandar una noticia que dijera, "mire, es que llegaron los gallos en helicóptero", porque eso no era una noticia. ¿Yo qué mando?, pensaba, me llamaron, yo me escondía, no pasaba al teléfono, estaban que me echaban...pero yo comencé a mirar la cosa y de pronto veo un campesino que llegó con un gallito, ¡pum!...entonces me arrimé al tipo y le pregunté: ¿Hombre, qué tal es su gallo? Y el campesino me cuenta que él había criado su gallo durante año y medio. Un poco como el del coronel de Gabriel García Márquez (es que la realidad es igual que la literatura...). Entonces me cuenta la historia de su barrio, que vivía con su mujer y sus hijos en su casita y que ese gallo lo había cuidado, lo había cebado y llegó con el niño... Yo me obsesioné y me llamaban de Bogotá: "mande la noticia", y yo decía: "noticia no

hay" porque yo estaba detrás del campesino con el gallo, y entonces se casó una apuesta y me di cuenta de que iban a pelear el gallo del campesino con uno de los gallos que llegó en el helicóptero. Era como una historia de telenovela del pobre y del rico, y vino la riña de gallo y obviamente el gallo del rico le ganó al gallo del pobre, y esta derrota del campesino me llevó a escribir una historia de esa riña de gallos, que es realmente periodismo pero que funciona como un cuento. Porque es una historia muy humana y es un poco un cuento que contrasta el país, que refleja el drama de esta nación desde el narcotráfico y la miseria de la gente. Yo escribí lo que vi porque tenía la visión de un escritor; no soy buen escritor, pero tenía por lo menos la percepción y la sensibilidad de un escritor que sopesaba la dimensión humana en la dialéctica de la sociología y de la vida. Al leer esa historia, muy modesta y pequeña, veo que refleja un acto sociológico, pero también artístico, porque está concebida como una obra un poco literaria basada en elementos periodísticos. Yo creo, en síntesis, que las noticias son totalmente anecdóticas, volátiles y efímeras. En un diálogo entre Borges y Sábato, Borges se quejaba de que no leía la prensa porque las últimas noticias importantes que habían sucedido en el mundo eran el descubrimiento de América y la caída de Bizancio en manos de los infieles.

Reconozco la importancia de la dinámica de las noticias y, obviamente, la gente paga para eso, para informarse, entonces tiene que haber en los medios de comunicación quién informe. Pero yo reivindico el periodismo bien escrito, y el periodismo que tenga una dimensión estética, no todo, yo no digo que *El Tiempo* y *El Espectador* estén escritos sólo por poetas, pero sí me parece que ese

mar de soledad de los periódicos tan mal escritos, tan mundanos, tan anecdóticos, tan circunstanciales, tan efímeros, icarajo! uno se merece que alguien tenga por lo menos una higiene verbal, una sanidad estética y le cuente a uno cosas ...que no sean cosas rosas, ni cosas falseadas, pero yo creo que en la tragedia, en el drama del país hay una gran estética, así sea una estética del horror, del esperpento, pero está allí. Necesitamos gente que lo cuente y que lo narre bien. En ese sentido creo que he sido un poco colonizado, repito, por la magnificencia de los norteamericanos en el manejo del periodismo y del cine y he tratado de hacer un aporte modesto, que será controvertido y que es controvertido. De mí siempre sospecharon los periodistas, mis colegas no me creían mucho mis datos, porque a veces mentía, lo acepto, y miento cuando hay una mentira que quiero contar y defender...Además, la mentira es parte de la poesía, es bellísima.

Un día le hice un reportaje al Cordobés y estuve con el gran torero y de pronto me quedé mirándolo y el tipo soltó una carcajada. Tenía tantos dientes en la boca, pero era impresionante porque el tipo sonreía, porque la sonrisa del tipo era infinita; se reía hasta lo más profundo. Estábamos en la casa del dueño de *El Tiempo*, Hernando Santos, y estaba al pie de mí la esposa de él, doña Elena de Santos, que murió después, una gran dama... Yo me quedé mirando al Cordobés y ella me dijo: "Germán ¿cierto que sí?" Entonces yo le dije: "Doña Elena ¿qué?" Ella me dijo: "Tiene 600 dientes" Y yo le dije: "¡Sí! Tiene 600 dientes". Yo los estaba viendo pero no me atrevía, entonces me fui para *El Tiempo* y escribí: "El Cordobés soltó una carcajada con sus 600 dientes", punto y aparte y no expliqué más. Fue verdad,

llegaron 50 mil, 80 mil cartas a *El Tiempo*... que el hombre tiene 34 dientes... yo no sé, unas discusiones terribles, terribles, yo nunca rectificué, me quedé callado, me llegaron protestas de los periodistas del CPB (Círculo de Periodistas de Bogotá), de todo el mundo. Yo creo que el Cordobés tiene 600 dientes y que era la única manera de decirlo, usted no podía decir que el Cordobés se estaba riendo con sus 34 dientes, eso no funcionaba, o que era una sonrisa muy grande, muy amplia... eso es tópico. Hay una frase de Gabriel García Márquez, que dice: "El hombre regresó en seis metros de automóvil"... ¡uff! Eso es una maravilla porque si usted dice "El hombre regresó en un automóvil muy grande, en un automóvil inmenso... eso no es nada, pero si usted dice "regresó en seis metros de automóvil", eso sí le da una idea.

Finalmente quiero decir que no es que yo crea que los norteamericano hayan inventado todo en literatura y en periodismo. Yo estoy convencido —y a

Urdaneta no lo conocía, pero conozco a Pinzón y conozco a muchos grandes periodistas que respeto—, de que ni los norteamericanos han producido a un periodista de la talla de Gabriel García Márquez. Yo, modestia aparte, conozco a "Sangre fría" de Truman Capote y "La canción del verdugo" de Norman Mailer y los libros más veloces de los Estados Unidos, los libros más veloces (la palabra veloz puede ser buena); he leído gran parte de los norteamericanos y sus libros más vigorosos de los años treinta, de los cuarenta, de John Reed hasta los más contemporáneos, y creo que ningún norteamericano tiene la velocidad que tiene Gabriel García Márquez para escribir periodismo... El es un gran escritor, pero cuando se ganó el Premio Nobel, la gente lo olvida, el acta del Premio Nobel decía: "Se le otorga el Premio Nobel por su obra literaria y periodística." Gabriel García Márquez es premio en periodismo y la gente casi no lo sabe. Me parece que hay que reconocer con toda franqueza que

aquí no somos una colonia, ni somos una provincia perdida. Gabriel García Márquez tiene la magnitud y la velocidad de los mejores periodistas del mundo, por lo tanto es el mejor cronista del nuevo periodismo, o para-periodismo, o periodismo literario, lo que sea. Y ¡ojo!, parece que Gabriel García Márquez se cuida con los datos, es un tipo que maneja los datos, que también echa sus mentirillas, pero el hombre es de una magnitud muy grande. En síntesis, creo que sin que todos sean poetas, necesitamos que algunos poetas buenos de vez en cuando se infiltren en la literatura y en el periodismo.

GERMAN SANTAMARÍA trabajó durante más de catorce años como reportero del periódico *El Tiempo*, donde publicó numerosas crónicas y reportajes. Algunos de estos trabajos aparecieron en su libro *Colombia y otras sangres*. También es autor de varios libros de cuentos y novelas, entre los cuales están *¿Marylin?*, *Morir último* y *No matarás*.